
Los poetas de "Mito"

Rogelio Echavarría

ARMANDO ROMERO *

Si bien podemos decir que Rogelio Echavarría, como Fernando Charry Lara, va a encontrar en la poesía de Aurelio Arturo el centro de referencia que le permite despertar a otra posibilidad de ver el hecho poético, esta vez desprendido del juego metafórico de la generación que le precedió, también podemos afirmar que en Rogelio Echavarría hay una voz muy personal y distinguible dentro de la generación de "Mito". Echavarría participa de algunas de las inquietudes al grupo, pero impone su presencia con una poesía que va y viene desde lo misterioso a lo cotidiano y en la cual encontramos una frescura y una concisión admirables.

Poeta *malgré-lui*, como él mismo se define, su obra es la suma de unos cuantos poemas escritos desde 1948, cuando publica su primer libro, *Edad sin tiempo*. Al responder hace poco a una pregunta sobre los orígenes de su poesía, Echavarría ahondaba sobre esto:

"Empecé a escribir poesía en la niñez, cuando sentí por primera vez el peso de la soledad, de la orfandad. . . y cuando tuve los medios elementales para hacerlo, proporcionados por la lectura de los versos que aparecían en los textos escolares. Ahora escribo muy de vez en cuando, pues no soy "poeta profesional". No concibo cómo se puede ser "poeta de tiempo completo". La poesía es algo mucho más importante. Mis poemas son resultado de instantes, unas veces enlazados con arduo trabajo, otras dejados espontáneamente a su propia inmadurez. . .".

* Poeta, cuentista, investigador literario, profesor universitario en los Estados Unidos.

Echavarría encuentra rápido su voz poética, y ya en su primer libro están señaladas las claves generales de su estilo: aprisionar y dejar libre la forma a un mismo tiempo para que de esta tensión salte la fuerza del poema; utilización amplia del juego moderno de la imagen; precisión en la idea poética, pero también capacidad para sugerir el misterio sin caer en el hermetismo; sobriedad y mesura en el poema: brevedad del relámpago que se impregna para siempre en nuestra retina.

No es necesario, pues, perseguir el proceso de creación de su poesía a nivel temporal como hemos hecho con Gaitán Durán y Arbeláez. Su libro *El transeúnte*, publicado en 1977, recoge una muestra de todo su trabajo poético: treinta y un poemas que dan casi la suma completa de la poesía que ha escrito hasta el momento. Así, este libro se nos presenta como un todo, intemporal en la lograda belleza de sus poemas.

*Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.*

.....
*Bajo sus ojos que me miran hostiles
como si yo fuera enemigo de todos
no puedo descubrir una conciencia libre,
de criminal o de artista,
pero sé que todos luchan solos
por lo que buscan todos juntos.
Son un largo gemido
todas las calles que conozco.*

La idea de una poesía ligada íntima y amargamente a lo cotidiano no estuvo nunca alejada de la línea poética instaurada por Silva en los albores del Modernismo. Echavarría, que vio en la poesía moderna una vía de encuentro entre el hombre y la vida, sin que para ello se tuviera que recurrir a un tejido de embellecimientos superficiales, emprende en su obra una lucha rigurosa para lograr darle a lo cotidiano la carga de misterio que le pertenece, para establecer los vasos comunicantes entre el presente de nuestro ser de la calle y el infinito y oscuro presente de nuestra existencia:

LUGAR COMUN

*Ya que no todos podemos ser
poetas
comprender lo sublime
o exaltar lo sencillo
hablemos francamente
confesemos nuestro fracaso
de hombres sin alas
de hojas muertas en el estío
nuestros empeños ciegos
sin metáforas vanas
nuestra identificación con todos
o con casi todos
y si alguien nos entiende
y fecunda nuestra impotencia
eso también es poesía
o por lo menos una gota
en la sed del infierno
cotidiano.*

La poesía de Echavarría está marcada por esa gran preocupación por el destino incierto del hombre, por su derrota cotidiana, ya sea como individuo, donde el poeta y el hombre de la calle viven su terrible soledad, o como ese ser que consume su vida en los autobuses, los mercados, el trabajo, todos esos sitios en que quedamos desamparados frente a la realidad asombrosa y absurda de la vida. Pero en Echavarría no hay nunca una intención de abstraerse frente a este conflicto, ni tampoco de romper con una tradición que llama al encuentro de las imágenes que cargan la idea poética:

*La misma luz del sol el mismo sol y el mismo desayuno
—recuelo tibio y pan duro de recoleta—
el mismo beso y el mismo sombrero.*

.....
*Y el carro colectivo y su destino
de alfoz a plaza en alternada meta
a la misma hora con la misma gente
en la esquina de siempre pero siempre
fatal itinerario y rauda suerte
la misma ruta la misma rutina
alguien viene de lejos y aún le queda
alguien se baja acá y alguien avanza*

*alguien de pie adelante atrás sentado
alegre triste distraído humilde
estrecho holgado libre perseguido*

.....
*tan pronto como estamos ya no estamos
es que la vida es este bus corriendo
que de pronto paró y hemos llegado*

Pero Echavarría es solidario, es hermano de ese hombre sometido por ley de un designio social a la condición de abandonado en la tierra. Con profunda ternura y dolor vemos desfilar, transparente, el rostro cruel de la vida:

*Ved al ciego que va voceando su haz de prensa
y a su pequeña hija miserable, engendada
la misma noche que hoy tiene diez años.*

.....
*Vedlo
vendiendo luz a los que pasan
por un valor de cobre y de rutina.*

.....
*En esta encrucijada en que se anuda
el tránsito en urbano remolino,
los dedos de la niña tejen el verde paso
y, náufrago en los hombros de los rudos peatones,
el ciego les perdona a los hombres no verlo,
mientras sigue buscando sus pupilas caídas
entre el polvo de estrellas sin distancia.*

Hay una belleza sorprendente en las imágenes de Echavarría. Algo que Luis Vidales denomina *simultaneísmo*, y que no es más que la belleza convulsiva: choque de contradicciones, prolongación del placer hasta lo desconocido:

*Si las noches fueran más largas
las mujeres se ahorcarían en sus cabellos, llamas oscuras
que multiplican la pesadilla o el espasmo.*

El haber sensibilizado la imagen a tal extremo le permite a Echavarría hacer del poema objeto de gozo de lo sensual, lo cual nos lleva a los límites donde el erotismo va a tomar esa cara de la muerte, tema presente en toda su poesía. Esto es algo que también apreciábamos en Gaitán Durán, pero la diferencia estriba en que mientras

el fuego prometeico ilumina todo el poema de Gaitán, en la poesía de Echavarría hay un "sol negro" que nos impulsa a la claridad desde las sombras:

EL SUEÑO

*Como la luz del sol es toda tuya y toda mía
a pesar de los muros que a los cuerpos separan;
como el calor del sol a tu luz permanente
y como su alumbrada fuerza a mi fuerza oscura,
estás íntegra en mí y yo en tu blanco espejo,
fieles los ojos de invisible sombra.*

*Cuando en la noche caen las altas torres
y trabajan sonámbulos los lejanos correos
con sus manos que buscan el lugar del reposo,
te encuentro en mí, trocados los cuerpos
transparentes
y plenos de nosotros mismos en carne y hueso,
te encuentro en mí y tú en tu ser me hallas,
me palpas y me acunas y me das alimento
y quieres que yo muera antes de despertarme.*

Echavarría es aquí un poeta de la estirpe amorosa de Robert Desnos y Paul Eluard, esa encrucijada donde el surrealismo encuentra, más allá de la vigilia y la razón, la conciencia de un nuevo orden de los sentidos y una realidad de lo sublime que proviene de la visión interior.

La claridad expresiva de Echavarría tiene la peculiaridad de pintarnos un fácil camino de acceso a su mundo poético, pero esto no es más que el reflejo de las aguas sobre la arena. Así, cuando creemos que ya hemos tocado fondo de poesía en él, un nuevo paisaje aparece, esta vez cargado con todos los signos del misterio.

OSCURO SUEÑO

*Me asaltan en la noche y me ofenden
fantasmas transparentes y fríos
me toman por los cabellos me hunden
en un pozo oscuro y febril
y cuando me dispongo a gritar*

*a abrir los brazos y a pedir palabras
el sol se aloja con su gota de hielo
en mis ojos de negra y eterna lechuza.*

Es esa cotidianeidad de lo maravilloso, ese perenne dolor y asombro frente a los avatares de la existencia lo que Echavarría expresa con una voz nunca oída en la poesía colombiana.

(“Revista Iberoamericana”, Estados Unidos de Norteamérica).

Echavarría es aquí un poeta de la noche, amante de Robert Desnos y Paul Eluard, esa generación donde el surrealismo encuentra sus raíces y la vigilia y la razón se convierten en un sueño. Él mismo lo afirma en una entrevista de la revista que precede a esta versión:

La libertad expresiva de Pío Baroja y la poesía de los surrealistas de mirar nos unen a un mundo de poesía que es un mundo de poesía. Allí, donde el mundo se refleja en las cosas como la luna. Allí, donde el mundo que yo vemos tocado de poesía en él, un mundo que yo veo, este vez cargado en todos los siglos del mundo.

OSCURISMO

Se levanta en la noche y me eleva
tamborines y flautas y flautas
en la noche por los cables de la luna
en su boca, sobre y debajo
y cuando me despierto a través